

XIII. - Cuentos en colores

PIRULETE

en
Vacaciones



RAMÓN SOPENA
PROVENZA 93-97 - BARCELONA

DIBUJOS DE ASHA

PIRULETE

en vacaciones



OCO de contento y saltando de alegría, llegó Pirulete a su casa el día en que



don Crótido, su maestro, le dió las vacaciones. Como acababa de obtener notas brillantes en los exámenes e iba cargado de premios, sus padres lo abrazaron cariñosamente.

Una señora que a la sazón estaba allí de visita, asociándose al júbilo de la familia, trató de besar al chiquillo; pero



éste, que no podía dejar de hacer travesuras y barrabasadas, en vez de devolver el beso, dió a la señora tan fuerte mordisco en la nariz, que la infeliz estuvo a punto de quedar desnarijada.

La señora exhaló un grito de dolor, y Pirulete, abriendo mucho los ojos y fingiendo sorprenderse, preguntó con afectada inocencia :



—¿ Qué le sucede
señora ?

Los padres del travieso mu-
chacho, creyendo que la señora a-
cababa de ser atacada de un mal

repentino, acudieron en su socorro; y, mientras que le prodigaban solícitos cuidados, Pirulete, acercándose a ella por detrás, le arrebató la peluca, dejándole al descubierto la reluciente y redonda calva. La víctima gritó indignada, con gran regocijo de Pirulete y de los criados que, al oír los gritos, habían acudido presurosos.

El revoltoso chiquillo no sufrió en esta ocasión otro cas-



tigo que una fuerte reprimenda; en atención a los brillantes exámenes que había hecho, pero los bondadosos

padres comprendieron que las vacaciones, que eran para Pirulete un motivo de júbilo, habían de ser para ellos un semillero de disgustos. No se equivocaron en sus predicciones, pues aquella misma tarde entró Pirulete en la cocina, agarró al gato por el rabo y lo metió dentro



de un cesto, que ató después fuertemente. El animal, deseando verse libre, corría con su incómoda prisión, maullando sin cesar. La cocinera, al ver que



abriendo
enormemente la
boca al contem-
plar a la multi-
tud que huía de un pe-
ligro imaginario.

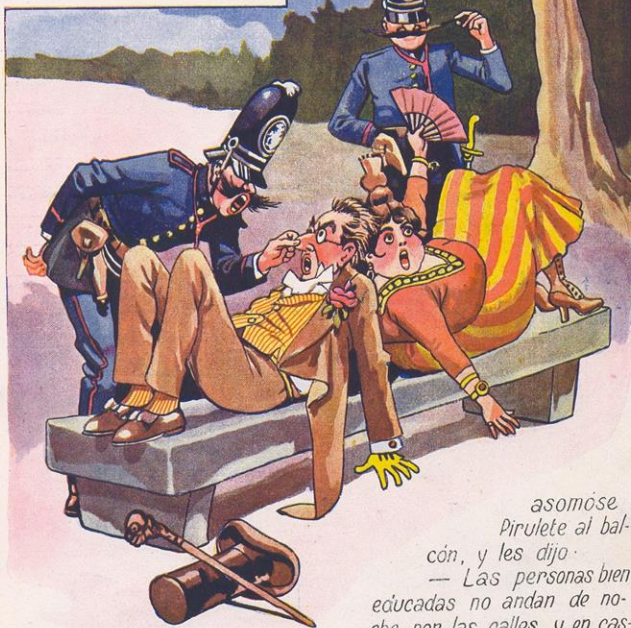
Durante las vacaciones, obtuvo Pirulete permiso para ir de paseo con sus amigos todas las tardes, a condición de que había de regresar antes de que anoheciera, pero a veces ocurría que el chiquillo se distraía jugando y, al vol-



ver a su casa más tarde de lo debido, era severamente amonestado.

—Las personas bien educadas no andan de noche por la calle- le dijo a Pirulete su papá en una ocasión en que el muchacho regresó de paseo a una hora demasiado avanzada.

Pocas noches después fué la familia al teatro; y el muchacho, que se quedó en casa, mandó a los criados que se acostaran, prometiendo él abrir la puerta cuando fuera necesario. Terminada la función, volvieron los papás y, a sus repetidos llamamientos,



asomóse
Pirulete al bal-
cón, y les dijo:

— Las personas bien
educadas no andan de no-
che por las calles, y en cas-
tigo a su travesura les condeno
a dormir en los bancos del paseo, porque en casa no entran — y
el muchacho, haciendo una pirueta, cerró el balcón...

Y, en efecto, los padres de Pirulete pasaron la noche en un banco del paseo.



Compre-
diendo los
papás de
Pirulete que
los castigos
eran inefi-

caces para corre-
girlo, adoptaron
el sistema de los
halagos, y, al efec-
to le regalaron un

borriquillo rucio, al que el
muchacho puso el nombre de
"Rocinante", como el famoso
caballo de D. Quijote y que le
sugirió la feliz idea de una

nueva travesura. El día del cumpleaños de su mamá celebróse en su casa una gran fiesta. Pirulete vistió a su borrico con un traje de señora, lo llevó a la antesala, y después de anunciar ceremoniosamente:

«Aquí está Doña Rocinante, que viene a felicitarte, mamá», empujó al asno hacia el salón, con gran asombro de los concurrentes, algunos de los cuales aplaudieron la ocurrencia mientras no pocas señoras se asustaron. Para que no hiciera diabluras en casa, fué enviado en coche a una finca de recreo; pero, caminando, disparó su pistola para divertirse, y el cochero, creyéndose víctima de un atraco, cayó de bruces.



El cambio de residencia no modificó en nada sus hábitos e inclinaciones, pues continuó siendo igualmente revoltoso.

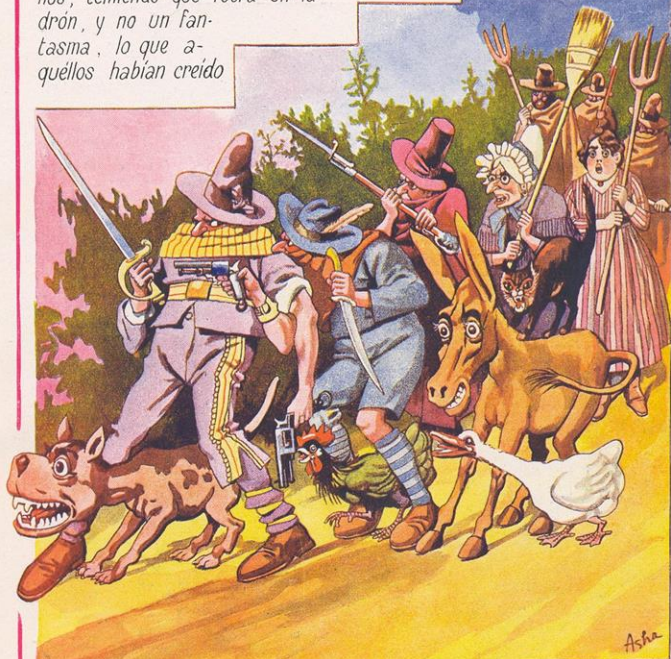
Una noche envolvióse en una sábana, se puso una linterna en la cabeza y, penetrando en la habitación donde dormían los hijos



del administrador de la finca, los despertó, dando gritos lastimeros.

Los niños, al abrir los ojos y ver a Pirulete disfrazado, saltaron presurosos de la cama y pusieron en movimiento a todos los trabajadores de la finca, diciendo que un fantasma había penetrado en su alcoba.

El padre de los pequeños, temiendo que fuera un ladrón, y no un fantasma, lo que aquellos habían creído



ver, ordenó registrar toda la finca y



explorar las in-
mediaciones; pero,
naturalmente, na-
da se encontró,
porque Pirulete se había quitado
ya el disfraz. Envalentonado con
el éxito
de esta tra-
vesura, Pi-
rulete, otra
noche, ro-

ció de
petróleo
una cabra y
le prendió fuego.

El animal empezó a correr por los campos; y los bomberos

Asha

y los labradores, a quienes el mismo Pirulete despertó diciéndoles que se había aparecido el demonio, salieron en su persecución armados de hoces, de estacas y de bombas.

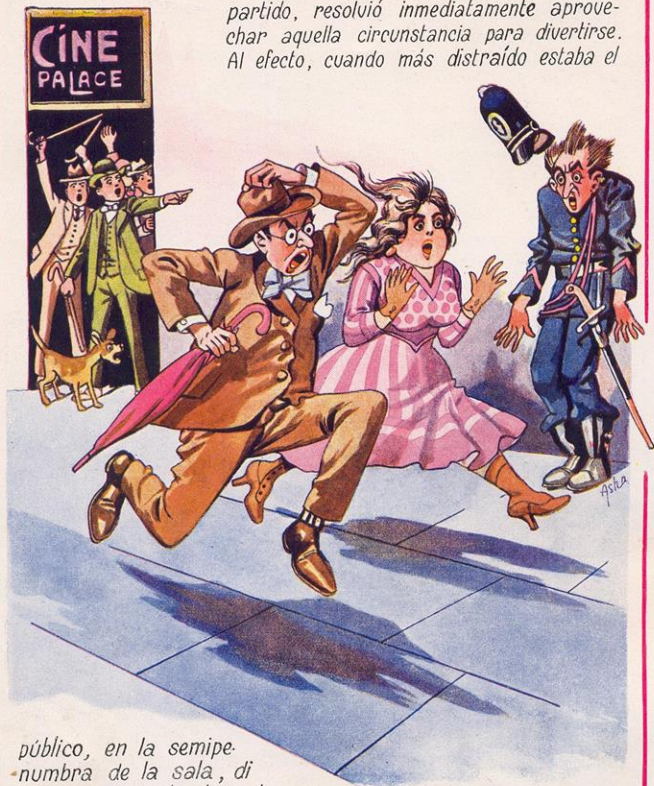
Los sencillos campesinos sólo encontraron la cabra que había sido asada viva por Pirulete.

Al regresar a la ciudad, fué Pirulete una tarde



con sus padres a presenciar una sesión cinematográfica, y, al tomar asiento, advirtió que frente a él, en la fila inmediata de butacas, dormía un

señor con la cabeza completamente calva, echada hacia atrás. El travieso muchacho, que de todo sacaba partido, resolvió inmediatamente aprovechar aquella circunstancia para divertirse. Al efecto, cuando más distraído estaba el



público, en la semipenumbra de la sala, dibujó en la redonda calva del señor que estaba delante de él la cara grotesca de un mono. Cuando, terminada la proyección de la película, fué iluminado el local y los concurrentes vieron el dibujo que el

anciano tenía en la cabeza,
resonó una carcajada gene-
ral que despertó al durmiente.
Los padres de Pirulete,
adivinando quién era el
autor de la travesura,
se apresuraron a salir
con el muchacho; pero
éste se les desa-
pareció antes de que
llegaran



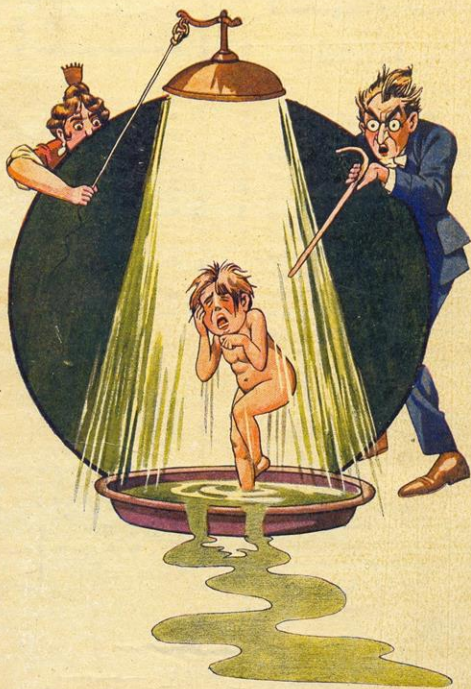
a la puerta
del edificio.
Era que Piru-
lete, que iba
delante, había
subido en un coche par-
ticular que se encontra-
ba allí parado, aprovechando la
circunstancia de que el cochero
estuviese distraído. El auriga, al oír el
ruido que produjo la portezuela del carruaje, que
Pirulete cerró con estrépito, arreó los caballos,

creyendo que eran sus señores los que habían montado, y el vehículo se puso en seguida en movimiento. Pocos minutos después detúvose el coche, y Pirulete, apeándose precipitadamente, echó a correr hacia su casa, que por casualidad estaba cerca de allí. A sus padres les había indignado mucho la conducta del muchacho y, para castigarlo, lo encerraron en la car-
bonera. A la mañana siguiente, acudió la

cocinera a llevar el desayuno al travieso muchacho y, éste, al advertir



que abrían la puerta, se refugió de-
trás de ella y, cuando la doméstica estuvo dentro, la empujó y la hizo caer. Pirulete, entonces, salió presuroso y dejó encerrada a la pobre mujer. Esta diablura valió a Pirulete una buena azotaina y quedar privado de salir a la calle mientras duraron las vacaciones, época tan dichosa para los niños buenos y juiciosos como desventurada para los traviesos y desobedientes.



PRINTED IN SPAIN